
EL SEÑORITO JULIO.

I

El señorito Julio fué un niño mimado: hijo único de un rico matrimonio, era el objeto predilecto y el blanco de las complacencias de sus padres. Mudó cuatro ó seis colegios, porque á los bondadosos autores de sus dias no agradaba que el maestro le reprendiese; tuvo largas vacaciones por enfermedades verdaderas ó fingidas, y en éstas y en las otras el niño creció, y se quedó hecho un borrico. Carrera profesional, no era posible darle, por no tener los estudios necesarios; algun arte ú oficio, ¿cómo era posible que los aprendiese el caballero delicado y relamido? Por otra parte, sus benévolo padres decian:

—No es posible poner á nuestro Julio entre esa gente soez y mal educada como es la del gremio de artesanos. Además, ¿qué necesidad tiene de entregarse á rudas tareas y ejercer bajos oficios, si posee lo necesario

para vivir, y á nuestra muerte le dejaremos un regular patrimonio? No; que no se afane ni padezca nuestro niño, y que goce de la vida miéntras le vivimos.

Amigos perdularios, paseos, bailes de rompe y rasga, cantina y amoríos no muy limpios, fueron los únicos entretenimientos de Julio en su primera juventud; y naturalmente sus sentimientos y su carácter se formaron en aquella linda escuela.

Presumido y petimetre, parecia un figurin de última moda. Si un pantalon le hacia una ligera arruga, lo desechaba; si su sombrero estaba un poco deslucido, lo arrojaba al basurero; si la camisa que debía ponerse no estaba como un espejo, la destrozaba.

Los padres veian todo esto con paciencia, diciendo que era suma pulcritud, y subvenian á los dispendiosos gastos del señorito Julio.

Pero éste no estaba conforme con su suerte; queria brillar más y más, gozar y triunfar, tener grandes riquezas que derrochar, y contrajo el peor de los vicios.

Paulafinamente fueron desapareciendo sumas considerables del arca paterna, y por mano de Julio, iban á perderse sobre la carpeta verde.

Llegó un dia en que el padre de Julio notó el gran desfalco; llamóle, le reprendió severamente, y concluyó por darle consejos. Pero era ya tarde: una última cantidad más gruesa que las anteriores, desapareció en manos de Julio, huyendo éste de la casa paterna.

Este fué el golpe de gracia para su anciano padre, quien tuvo que realizar los escasos bienes que le que-

daban, para cubrir imperiosos compromisos. No tardó en descansar, porque los pesares le llevaron bien pronto al sepulcro.

Quedó la anciana madre de Julio en la orfandad y el aislamiento, pero resignada, y rogando al cielo por el bien de su hijo.

II

Al principiar una hermosa noche de luna, un transeunte decentemente vestido atravesaba una calle con paso apresurado y sin cuidarse de contemplar las bellezas nocturnas.

Al voltear una esquina encontróse de manos á boca con un jóven apuesto y de lujoso traje.

—¡Hola, Julio! ¿dónde vas tan apresurado?

—¡Ah! ¿eres tú, Fabian?

—El mismo que viste y calza. Pero quieres decirme ¿en dónde te has metido estos últimos dias, que no se te ha visto el bulto por ninguna parte?

—No me faltan ocupaciones.....

—¡Ah! sí, pillastron; ya sé cuáles son tus ocupaciones; del género erótico; y con razon te entretienen dias enteros.

—Dejémonos de bromas, que no estoy para ellas.

—Tú tienes algo grave, Julio; jamas te he visto ese aire patibulario. Cuéntame: ¿te ha sido infiel tu bella bailarina? ¿ó ha muerto tu amada Rosalía? ¿ó estás ame-

nazado de prision por..... deudas? ¿ó no tienes ni un real en la bolsa?

—Algo de eso, y aun todo eso, pudiera ser.

—Vamos, hombre, ¡qué diablo! ya sabes que soy tu verdadero amigo; confíame tus cuitas.

—Pues bien; sí, lo que tú prevés es cierto. Aquella Berta, la bailarina, me dejó por un conde ruso; aquella Amelia á quien yo habia vestido, dándole joyas, habitacion y sustento, de la noche á la mañana huyó, llevándome una suma considerable que habia yo ganado en el juego: la Rosalía siguió tambien las mismas huellas, se ausentó, despues de hacerme firmar una letra de tres mil reales, que tuve que pagar.

—Julio, te entregas con demasiado ardor á las mujeres, y te han de perder.

—¡Qué quieres! son mi mayor pasion. Pero no es la fuga de esas ingratas lo que me apena; que al fin y al cabo sólo eran para mí mero pasatiempo.

—¿Qué es, pues, lo que te contraría?

—Tengo un verdadero amor, una pasion exclusiva que será la última de mi vida. El objeto á quien he dedicado mis afectos, merece la idolatría que le profeso. Si conocieras á Flora, ese conjunto de perfecciones y atractivos, serias de mi misma opinion. Pero el caso es que, como tú lo adivinaste, me encuentro sin un real en el bolsillo, y ya sabes que el dinero es elemento necerario para el culto del amor. Hay que hacer algunos obsequios, y sufragar algunos gastos precisos é imprevistos. Por ejemplo, á Florá se le ha antojado

poseer cierto aderezo de perlas, y es necesario darle gusto.

—Querido Julio, permítame que te dé un consejo, concretado en un par de máximas, que son éstas: “El verdadero amor no necesita de dinero para alimentarse y subsistir.” “La mujer que es exigente en ese sentido, no es digna de que se le tribute culto.”

—Sea como fuere, no disputemós. Estoy ya comprometido y tengo que cumplir lo ofrecido. Voy en busca de un agiotista ó de un amigo de la banca que me saque de este apuro prestándome dos mil reales.

—Escucha, Julio: yo puedo facilitártelos, con una condicion.

—Cualquiera que sea la acepto.

—Que me prometas solemnemente que esta será tu última locura.

—Consiento en ello y lo prometo.

—Vamos, pues, á casa por el dinero.

Recibió Julio los dos mil reales, y olvidándose al punto de sus promesas y propósitos, dirigióse alegre á la casa de juego.

La fortuna, que parece empeñarse en ser benévola con los pícaros, le favoreció tambien esta vez, haciéndole ganar ochenta mil reales.

Flora tuvo su aderezo de perlas, miéntras la madre de Julio permanecía olvidada y quizá sufriendo los amargos trances de la miseria.

El señorito Julio, incorregible y obcecado, seguía entregado á sus vicios y pasiones.

III

¿Creerán ustedes—nos decia mi tia al proseguir esta narracion—que el señorito Julio, despues de haber cobrado experiencia por los desengaños y los golpes de la suerte, se enmendó y se redujo á mejor vida? Pues no señor: cabeza destornillada y corazon ya depravado por los vicios, siguió en su senda torcida, al fin de la cual debia encontrar un abismo en que se sumieran para siempre sus ficticios placeres, su juventud y su existencia.

Y no es del caso—continuaba mi tia—contar á ustedes todas las peripecias de su vida y diseñar los vicios á que se entregó, porque ustedes, niños, no están en edad de escuchar tan feo relato: sólo diré que, sojuzgado por sus pasiones, é incapaz de regenerarse por medio del trabajo honrado, pasó por toda clase de degradaciones, consecuencia de esas faltas que algunas veces el mundo, demasiado benigno ó despreocupado, llama *calaveradas*.

En la miserable cama de un hospital yacia un enfermo, enflaquecido y agotado por asquerosa dolencia. Entregado á la pública caridad, sólo veia en torno de él rostros y manos mercenarias que con una exactitud reglamentaria le administraban alimento y medicina, pero sin mostrarle tierna solicitud ni mucho ménos instarle para que tomase uno ú otra. Así pues, con frecuencia aquellos objetos de una caridad seca y severa, quedaban intactos. Ni un pariente, ni un amigo se acer-

caba á aquel lecho á impartir al enfermo consuelos y esperanzas. Era aquel un terrible abandono!

Otros enfermos que habia en la misma sala recibian de vez en cuando la visita de sus parientes, sirviéndoles esto de alegría, y como de medicina de su alma.

Un dia de visita, varias personas recorrian la sala en busca de los dolientes á quienes iban á ver. El enfermo á que nos referimos, viendo con cierta envidia el bien de que gozaban sus compañeros, y sintiendo cada vez más cruelmente su aislamiento, se entregaba á tristes y desconsoladoras reflexiones.

—¡Soy un sér maldito!—pensaba—todo el mundo huye de mí, y no me queda ni un afecto, ni una esperanza en la tierra. Lo más horroroso de mi situacion es que no tengo derecho para quejarme: yo mismo rompí todos mis lazos; los de la sociedad, los de la amistad, los de la familia, y merezco la suerte que me ha tocado..... ¡Oh! si yo tuviese un hermano ó una madre que dulcificase mi amarga situacion!.....

Exaltado por sus ideas, el enfermo habia pronunciado estas últimas palabras en voz alta.

—¡Aquí está tu madre, Julio, tu madre que siempre te ama!—respondió una voz tierna y conmovida. Y una figura grave y enlutada se acercó al lecho y abrazó al enfermo, bañando su rostro con silenciosas lágrimas.

—¡Perdon, madre mia!—fué lo único que pudo decir el desgraciado, porque, presa de su emocion, quedó inerte, acometido por un síncope.

Julio fué recogido por aquella madre que, despues de haber ignorado mucho tiempo el paradero de su hijo, habia sabido que se encontraba enfermo y miserable en el lecho de un hospital, y habia acudido presurosa á su lado. Sin recriminaciones, sin ninguna alusion al borrascoso pasado del jóven, se consagró á asistirle y curarle con esa paciencia y esa abnegacion que sólo poseen las madres. Pero los dias de Julio estaban contados, y á pesar de los desvelos y de la solicitud maternales, murió al poco tiempo, víctima de la terrible enfermedad contraida por el vicio.

IV

Era un cementerio aislado y triste, como lo son esos lugares de último reposo. Silencio profundo reinaba en aquel recinto, turbado sólo por ligeros rumores, como el piar del ave que pasa, ó el susurro del viento entre las hojas de llorones sauces que dan sombra á los sepulcros. Muchos de éstos, casi todos, se veian escuetos, solitarios, sin una flor que sobre ellos llevase alguna mano viviente; sin una lágrima que empañase la tersa y fria superficie de sus losas; sepulcros que publicaban una triste verdad: que aquella era la region del olvido.

De pronto rompióse aquel silencio: numeroso cortejo fúnebre invadió el cementerio, y un nuevo cadáver, encerrado en lujosa caja, fué colocado en la hoya que le esperaba.

Concluida la inhumacion y apenas cayó en la fosa la última paletada de tierra, el cortejo se disolvió más que de prisa, denotando así que los concurrentes habian asistido obligados y como á su pesar, á aquel acto que deseaban concluyese pronto.

Sólo dos hombres quedaron allí, inspeccionando, tal vez por mero entretenimiento, las inscripciones de los sepulcros; quizá únicamente por disfrutar de frescura bajo la sombra de los sauces, en una serena tarde.

Los dos eran jóvenes, y parecian, por sus trajes y maneras, pertenecer á la sociedad que se llama elegante.

—¿Recuerdas, Fabian?—decia uno de ellos;—hace seis meses poco más ó ménos, vinimos á este mismo sitio, á acompañar el cadáver del pobre Julio.

—Sí, lo recuerdo.

—Tuvo un triste fin.....

—Era natural: se entregó demasiado á su pasion por las mujeres, y por ellas perdió dinero, salud y vida.

—Mira: si no estoy equivocado, aquel sepulcro que se alcanza á ver desde aquí, y que está junto á ese monumento de pirámide truncada, es el de Julio.

—El mismo es: recuerdo perfectamente el sitio..... Y allí hay una enlutada.

—Será uno de sus muchos cortejos, que despues de haberle engañado en vida, viene ahora á lavar su ingratitud con sus lágrimas.

—Es muy posible que sea Flora, su última y más querida amante.

—O Rosalía, que jugó al vivo una mala partida, y que ahora ama al muerto. Tengo vivos deseos de saber quién es, y no me iré de este sitio sin averiguarlo.

—Vamos, pues, pero con discrecion y recato.

Ambos jóvenes adelantaron con precaucion por entre los árboles, y cuidando de no hacer ruido. Llegados muy cerca del sepulcro de Julio, vieron que una anciana venerable regaba con sus lágrimas aquella tumba y las flores que sobre ella habia colocado.

Al ver su semblante en que se retrataba una reconcentrada afliccion, y surcado por la huella de antiguos y amargos pesares, los jóvenes se sintieron conmovidos, y se retiraron con respeto.

—¡Nos habiamos engañado!—dijo tristemente Fabian.—Esas amantes compradas con oro, no vienen jamas al sepulcro de los que por ellas se sacrificaron. ¡Sólo las madres no olvidan, y dan siempre á sus hijos su amor y sus lágrimas, aun más allá de la tumba!

—Tienes razon; y Julio fué cruelmente ingrato con la que le dió el ser.

—Sí; el demonio de la lujuria le cegó, con sus garras le arrebató del hogar paterno, y le hizo faltar á todos sus deberes. Ya ves las fatales consecuencias: una existencia temprana sumida en la tumba, y una madre affigida y abandonada; consecuencia todo ello tambien de la mala educacion que recibió el que llamábamos irónicamente *señorito Julio*.

EL CONDE Y EL SACRISTAN.

I

—Señor Conde, está ya el chocolate.

—¿Y quién te lo ha pedido, zopenco?

—Como á esta hora acostumbra tomarlo Su Excelencia.....

—Lo tomo cuando me da la gana; y cuando nó, no estoy al arbitrio de mis criados para que me hagan engullirlo á hora fija..... ¡Con dos mil demonios!.....

—Está bien, señor.....

—¿Y qué haces ahí parado, truhan impertinente?....

—Espero que el señor Conde me dé sus órdenes, y me diga á qué hora quiere que se lo traiga.

—¡Mil rayos! Yo sabré si lo tomo ó no lo tomo.

—Está bien, Excelencia.

—Lárgo, lárgo de aquí, y pronto, ántes que me impacientes! ¡Con doscientos mil demonios!.....

Esta escena pasaba en una reducida aldea no léjos de la corte, ó por mejor decir, en cierto castillejo si-